

## TIEMPO, SENECTUD Y DIGNIDAD.

Jacinto Choza. Universidad de Sevilla.

Es un rasgo común a casi todas las culturas conocidas el respeto e incluso la veneración por los ancianos. También en nuestra cultura occidental se les reconoce una dignidad específica, que da lugar a determinadas deferencias.

La organización de la sociedad según las edades es universal, y sobre ese tipo de organización suele basarse la autoridad política. Son determinados adultos los detentadores del poder y los depositarios del saber, de las tradiciones y de los secretos sagrados.

En algunos pueblos primitivos esta actitud puede encontrarse expresada incluso en el lenguaje. «Viejo, en la lengua de los kowrrega (tribu australiana de los alrededores del cabo York) se dice *ke-turkekai*. *Turkekai* significa hombre; *ke* contracción de *kuirga* se emplea como prefijo para expresar el superlativo (por ejemplo, *kamale*, caliente, *kekamale*, muy caliente).’ Por consiguiente *ke-turkekay*, viejo, significará muy hombre: no precisamente superhombre, sino más bien hombre en superlativo, el más alto grado de la cualidad de hombre»<sup>1</sup>.

La cuestión a examinar aquí es por qué se suele atribuir al anciano una dignidad tan alta, y, en no pocos casos, la dignidad suprema. Para tal examen hace falta poner en claro qué quiere decir y qué sea la dignidad, por una parte, y qué tiene que ver eso con el tiempo, con la acumulación de tiempo, por otra.

En las últimas décadas se han dado circunstancias que hacen sumamente pertinente un estudio de este tipo. Una de ellas ha sido la generalizada valoración de la juventud, que llegó a una especie de paidolatría durante la década de los sesenta, de la cual la autoconciencia occidental tomó buena nota. Otra ha sido el gran desarrollo de las investigaciones gerontológicas, también desde esa década, pero sobre todo en los últimos años.

La apelación al poder adquisitivo de la juventud en tanto que mercado durante los 60, o al de la tercera edad en la de los 80, no constitu-

---

<sup>1</sup> Lucien Lévy-Bruhl, *El alma primitiva*, Península, Barcelona, 1974, pag. 184.

ye la aclaración que se busca. Más bien se trata asimismo de hechos que requieren también su propio análisis: desde un cierto punto de vista, si alguien tiene más riqueza puede suceder que por eso viva más tiempo, y que por eso se le atribuya más dignidad. Pero también podría suceder que, al vivir más tiempo, adquiriera más dignidad, y que, precisamente por eso, acumulara más riqueza. Este punto de vista es el que se va a adoptar para el presente análisis.

Se puede decir, como los kowrarega del cabo York, que el anciano tiene la cualidad de hombre en grado superlativo porque de algún modo él ya ha alcanzado «lo que falta, el fin y la totalidad», esas tres dimensiones de la existencia humana que Heidegger diferencia tan ajustadamente, y que estructuran el propio ser del hombre en tanto que temporal<sup>2</sup>.

No obstante, en cuanto que Heidegger refiere esas tres dimensiones de la temporalidad a la muerte, y señala la comprensión de ésta como clave para la comprensión de aquéllas, tiene también razón al indicar que la acumulación de datos etnográficos sobre el modo de considerar la vida en otras culturas, o lo que aporten las investigaciones de las ciencias biológicas, no son la última clave y no dispensan de un ejercicio del pensamiento en el nivel de las radicalidades ontológicas.

«El alumno poco aventajado en la escuela es reconocido normalmente porque tiene la costumbre de adelantarse con el papel, anunciando que ya ha terminado, a los diez minutos escasos después de que se le ha puesto la tarea (...) Así hacen todos los mediocres en la vida, corren enseñada a anunciar que ya han terminado, y cuanto más alta es la tarea, más rápidamente la terminan»<sup>3</sup>. Esta observación de Kierkegaard la tuvo muy en cuenta Heidegger durante los años 20, hasta la aparición de la primera edición de *El ser y el tiempo*, en 1927, y también durante los años posteriores.

En ninguna cultura, ni tampoco en la nuestra, es asimilable el anciano al alumno poco aventajado del que habla Kierkegaard. En ese caso no se le atribuiría tanta dignidad. El anciano al que se le atribuye mayor dignidad es aquel al que, en cierto modo, ya no «le falta» alguna de las

---

<sup>2</sup> Cfr. M. Heidegger, *El ser y el tiempo*, tr. de José Gaos, F.C.E., México, 5ª ed. 1974, parágrafo 48, pp. 264 ss.

<sup>3</sup> S. Kierkegaard, *Concluding Unscientific Postscript*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1974, pag. 363. Tr. de María García Amilburu en *La existencia en Kierkegaard*, tesis doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona, 1990, pag. 164.

dimensiones del «ser hombre»; es el que abarca su vida y en algún sentido dispone de ella como de una «totalidad», y, sin embargo, todavía no la ha terminado, aunque haya alcanzado su plenitud como hombre, aunque haya logrado su «fin».

¿Qué sentido tiene hablar de la vida como de una tarea, respecto de la cual quepa decir que todavía está muy incompleta, o que ha sido mejor o peor realizada? ¿En qué condiciones es pertinente decir que alcanzó su madurez, que carece de sentido o que fué desperdiciada? No es inmediatamente obvio que la solución a esas cuestiones se encuentre en la muerte, en la circunstancia de que el hombre sea definido como un ser para la muerte. Y no lo es porque tampoco la muerte tiene un sentido inmediatamente obvio. Tiene muchos sentidos, unos más inmediatos y otros más arcanos. Tampoco bastaría sustituir el término muerte por el de finitud, porque la finitud caracteriza al hombre en términos de limitar su duración, y no en el de hacer cualitativamente distintas las partes de esa duración misma. En este sentido, el término finitud es más inane que el de muerte, pues la muerte en algún sentido determina cualitativamente algún segmento de la duración.

La muerte y la finitud no bastan para caracterizar la temporalidad, ni tampoco sostener que dicha temporalidad consiste en una articulación del futuro y de lo ya dado, en una existencia que se proyecta según ciertas preocupaciones y ciertos asuntos de los que el hombre se cuida o se ocupa. No. El hombre puede morir siendo niño, siendo adolescente, en plena madurez, cuando empieza la senectud o tras una ancianidad prolongada. En todos esos casos se puede sostener inalterada la tesis de que el hombre es un ser mortal y de que la existencia humana es finita.

Como contraejemplo, si se negase al hombre su carácter de mortal y de finito en su existencia, si se afirmase para él una duración interminable y realmente la poseyera, no sería para él lo mismo durar interminablemente como un niño, como un adolescente, como un joven, como un adulto maduro o como un anciano. Con esto se pone de manifiesto que temporalidad de la existencia o temporalización de la existencia no significa siempre lo mismo para el hombre.

Un niño juega a ser Robin Hood, un adolescente sueña con ser un Cristobal Colon, un joven realiza unas elecciones sentimentales y profesionales, un hombre maduro calcula los medios más adecuados para obtener los mejores beneficios para sí y para sus hijos, y un anciano compra regalos a sus nietos, les cuenta cuentos, y recuerda con sus familiares y amigos episodios de antaño.

Lo que se llama proyecto de la existencia, en el contexto de la fenomenología existencial, corresponde más bien a lo que hace el joven, o quizá a lo que hace el hombre maduro. Es dudoso que se pueda aplicar al niño o al anciano.

Lo que se proyecta es algo que puede ser hecho y que depende en alguna medida de decisiones propias. Lo que se proyecta es una tarea, más bien que la vida, y precisamente en virtud de esa diferencia entre la vida y la tarea proyectada puede hablarse de una vida cuajada, truncada en pleno comienzo, desperdiciada, etc. Es esa diferencia justamente lo que permite hablar de «alumnos poco aventajados» en la tarea de la existencia, según el ejemplo de Kierkegaard, o de «hombre en grado superlativo», según el modo de decir «anciano» en la lengua de los kowrrega.

Pero esa diferencia no es ajena o previa a la biología, a la antropología cultural, o a la experiencia humana común, tal como puede encontrarse reflejada en la literatura. La commensuración estricta entre la tarea y la vida es lo que se suele predicar de aquellos a quienes consideramos grandes hombres, o también héroes.

«Extrañamente cercano a los que murieron jóvenes es el héroe. Durar/ no va con él. Su aurora es existir (*Dasein*)»<sup>4</sup>.

«El héroe perdura, hasta su misma caída fue para él/ sólo eso, pretexto de ser: su nacimiento último»<sup>5</sup>.

No obstante, parece que ese no es el caso para la mayoría de los hombres, como señala también el mismo Rilke en la sexta de las *Elegías de Duino*. Para la mayoría de los hombres es igualmente familiar el florecer y el agostarse, el fructificar y el sentir el vacío de la propia vida, y es en los momentos de este último tipo cuando surge con una fuerza peculiar la nostalgia de la juventud. Entonces es cuando se percibe con más nitidez la diferencia entre tarea y vida, entre impulso creador y conciencia de la propia duración, entre proyecto de crear mundo humano y conciencia de mero transcurrir. Por supuesto, la diferencia se capta también en la experiencia que se describe como carencia de sentido de la vida y en varias más; entonces la duración de la existencia se puede percibir no como compuesta de partes cualitativamente distintas, sino como homogénea, es decir, monótona.

¿De dónde sale la diversidad cualitativa de los distintos tiempos de la vida humana? ¿De dónde sale esa fuerza de la juventud que da lugar a

<sup>4</sup> R. M. Rilke, *Elegías de Duino*, VI, vv. 19-21

<sup>5</sup> R.M. Rilke, *Elegías de Duino*, I, vv. 39-41.

proyectos, que hace posible que se perciba un futuro lleno de posibilidades y que lo haya? Una respuesta posible es que sale del tiempo mismo, es decir, de la materia. ¿Qué puede querer decir infancia y senectud para un ser puramente espiritual? En sentido metafórico puede querer decir las virtudes propias de cada edad, pero ahora no se trata de ver lo metafórico aun en sentido propio de cada edad, sino la edad misma.

Sugerir que la fuerza de la juventud sale de la materia no es una apelación al materialismo, es una referencia a eso que en física se designa como energía y se define como lo que se convierte con la masa, según la fórmula  $e=mc^2$ , y también como aquello capaz de realizar un trabajo.

En términos biológicos se puede sostener que el envejecimiento no es un fenómeno universal, y que se trata más bien de un acontecimiento tardío en la evolución biológica. Hay organismos que no envejecen, y podría añadirse que son siempre jóvenes si se diera en ellos una diferencia cualitativa relevante entre las diversas partes de su duración. Pero no es ese el caso. Los organismos que no envejecen son más bien organismos muy elementales y primitivos, cuya vida puede calificarse de monótona en relación con los que sí lo hacen. El envejecimiento, desde este punto de vista, es considerado como una gran conquista evolutiva: es la capacidad de comenzar y recomenzar la propia vida, la capacidad de producir y reproducir el propio organismo o partes de él desde el principio, de generar y regenerar tejidos, órganos e individuos completos, e implica una mayor diferenciación cualitativa de las partes del organismo y de los distintos periodos de su duración. La diversificación cualitativa de la duración del organismo, las edades, está en correspondencia con la diversificación cualitativa de sus distintos sectores, con el incremento de complejidad del organismo: con la aparición y desarrollo del sistema de defensa, del sistema reproductor y del sistema nervioso.

El desarrollo de la medicina en el último medio siglo ha permitido diferenciar la longevidad ecológica (vida cuya terminación se debe a la incidencia de factores exteriores al organismo) de la longevidad fisiológica (vida cuya terminación viene dada por factores intrínsecos al organismo), y establecer las características de una mortalidad en coincidencia con la senectud, y con ello el tiempo de vida específico en el caso del hombre.

La mortalidad en coincidencia con la senectud se da sobre todo en el caso del hombre, cuya capacidad para acumular y controlar información es excepcional en comparación con cualquier otro organismo. Su tiempo de vida específico es de los más prolongados, junto con algunos quelonios y algunos proboscídeos (si se prescinde de la comparación con algunas especies arbóreas), pero en cualquier caso es finito y no parece que pueda

prolongarse más allá del límite específico indefinidamente. La mayoría de los organismos parece que pueden transformar cantidades constantes de energía, y resultan incapaces de transformar más; tienen su tiempo de vida específico, cuya duración se considera proporcional al metabolismo total por gramo<sup>6</sup>.

Desde este punto de vista puede decirse que tenía razón Platón con su peculiar formulación del segundo principio de la termodinámica y su degeneracionismo, aunque los cálculos que expusiera en *La República* no coincidan con los de ningún científico de la actualidad.

La tesis platónica es que «todo lo que nace está sujeto a corrupción», según una correspondencia y un desfase entre los ciclos biológicos y los cósmicos: «no sólo a las plantas que crecen en la tierra, sino también a todos los seres vivos que se mueven sobre ella, les sobreviene la fertilidad o esterilidad de almas y cuerpos cada vez que las revoluciones periódicas cierran las circunferencias de los ciclos de cada especie, circunferencias que son cortas para los seres de vida breve, y al contrario para sus contrarios»<sup>7</sup>.

A todos los seres vivos les sobreviene la fertilidad o esterilidad de almas y cuerpos, y este sobrevenir la fertilidad tiene que ver con procesos orgánicos de renovación de células desgastadas. El desgaste, el deterioro y el desorden, parece que se dan tanto en el mundo inorgánico como en el orgánico, pero la novedad del rejuvenecimiento parece más propia de los seres orgánicos, es decir, de un ser que se mantiene idéntico a sí mismo a través de los cambios de sus elementos.

No es que un río o un territorio no se puedan regenerar, o que, en general, lo que constituye un sistema no pueda regenerarse. Es que no pueden hacerlo por sí mismos y desde sí mismos, porque carecen propiamente de algo que se pueda denominar su «sí mismo». Tampoco se trata de que los seres vivos a los que sobreviene la fertilidad o esterilidad de almas y cuerpos protagonicen ellos en exclusiva o en absoluto esos procesos: precisamente les sobrevienen en función de ciclos cósmicos y los cumplen justamente mediante la reposición de elementos propios por otros ajenos y

---

<sup>6</sup> Una exposición actualizada de las diversas explicaciones biológicas sobre la senectud puede verse en C.E. Finch, *Longevity, Senescence, and the Genome*, University of Chicago Press, Chicago, 1990.

<sup>7</sup> Platón, *República*, VIII, 3; 546 a. Trad. de J.M. Pavón y M. Fernández Galiano, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1969.

que estaban en el medio, o sea, «fuera». Se trata de que la juventud y la senectud, la fertilidad y la esterilidad, se consideran propias de unos seres cuyo grado de unidad, de identidad y de consistencia, está por encima de un determinado umbral y que, para señalarlo, los llamamos *vivientes*. Más aún, se trata de vivientes cuyo organismo tiene también una complejidad por encima de un determinado umbral, y por eso se dice de ellos que son jóvenes y fértiles o que ya no lo son.

Cuando hay ese grado de complejidad y de unidad, y el viviente mantiene su identidad sintiéndolo de algún modo, entonces se puede definir el dolor como un sentimiento que resiste a la división, y la nostalgia también: es el sentimiento de estar dividido o alejado de sí mismo o de lo que es más propio. En el momento en que la referencia a sí mismo se perdiera, en el momento en que no se pudiera recordar lo propio, ya no habría dolor ni tampoco nostalgia, porque ya no se trataría de un ser que mantiene su identidad sintiéndola de algún modo, sino de que no la siente de ningún modo y tampoco la mantiene.

Una de las maneras de explicar el envejecimiento y la muerte fisiológica es esa: cuando la muerte no se produce por accidentes externos, se produce por accidentes internos. Los accidentes internos son fallos en los procesos de codificación y decodificación de mensajes genéticos, es decir, en los procesos de construcción y reconstrucción del organismo; fallos de *memoria* cuyo resultado es que no se mantenga la propia identidad. El organismo, por decirlo metafóricamente, se olvida de sí mismo, no mantiene su identidad, y muere.

Acordarse de sí mismo y saber cómo tiene que hacerse y rehacerse, producirse y reproducirse, es algo parecido a poseer la propia totalidad en el principio de alguna manera, algo parecido a «recordar» la propia totalidad antes de haberla realizado. Esa peculiar actividad, y más propiamente el acto en virtud del cual se realiza, es lo que Aristóteles llamó *psique*, y lo que nosotros traducimos por *alma*.

La cuestión anterior, de dónde saca el alma fuerza para producir y reproducir el organismo, se respondió diciendo que del tiempo, de la materia, de los elementos que hay en el medio y con los cuales repone los desgastados. La fuerza para ejecutar el proyecto se saca del medio si se sabe sacar, y si se sabe cuál es el proyecto, pero a su vez, tampoco puede hablarse de proyecto sabido ni de saber sacar fuerza al margen de los materiales con que se construye.

Esto significa que no cabe una consideración separada de «cuerpo» por una parte y de «alma» por otra.

En el plano biológico el tiempo específico puede no llegar a desplegar su diversidad cualitativa, o desplegarla demasiado precipitadamente, y se producen casos de detención del crecimiento (en algunos aspectos, las diversas formas de enanismos) o de anticipación de la senectud (en cierto modo, la enfermedad de Huntington). Si el organismo no se acuerda de la identidad de su proyecto, el proyecto no transcurre según una secuencia que lleve a realizar la propia identidad, y no obtiene fuerza para ello.

En el plano psicológico y sociocultural se da algo parecido cuando se trata a una persona según pautas infantiles y se le configura una personalidad infantil. También en algunas culturas preurbanas, cuando alguien no ha pasado los ritos de iniciación a la pubertad y al matrimonio, y no se ha constituido en adulto, tampoco llega a ser considerado nunca como un anciano ni se le atribuye la dignidad que como tal le corresponde.

Al anciano le corresponde dignidad, o puede considerarse como hombre en grado superlativo, si ha sabido y ha podido llevar a cabo el proyecto de realización de la propia identidad, y si lo ha hecho en los tiempos cualitativamente diferentes de su duración específica, de la duración específica de la especie hombre. Eso es ser anciano, y eso es la senectud.

El anciano puede tener la convicción de que ha cumplido ya con la vida, y quienes le rodean también. No proyecta ninguna tarea nueva para una nueva vida que tuviese que empezar: sabe que no tiene fuerzas para empezarla y tampoco la proyecta. Sabe que lo suyo es contar historias y dar consejos, que su voz es la voz de la experiencia, es decir, de la memoria de lo vivido.

Si además de eso emprende tareas nuevas en los ratos de ocio, o empieza a aprender algo que requiere una cierta inversión de tiempo, se dice que tiene *espíritu juvenil*. Espíritu juvenil es entonces una expresión que designa las actitudes psíquicas propias de un organismo con una elevada capacidad de generación y regeneración orgánica, y, también, con una elevada capacidad de aprendizaje. Designa el modo de temporalizar la existencia que conocemos con el nombre de *juventud*, y que es un periodo de tiempo cualitativamente distinto de los otros. Porque está aprendiendo, el joven hay muchas cosas que no comprende y no sabe, y que las aprende del que sí las sabe; porque tiene fuerza y quiere llegar pronto, el joven es impulsivo e impaciente, y frecuentemente ingenuo e inmoderado. Todas esas cualidades pueden ser consideradas positivamente desde un punto de vista y negativamente desde otro, y entonces se suele hablar de las virtudes y de los defectos propios de la juventud.



En su sentido moral, las virtudes son propias y exclusivas de la subjetividad espiritual, pero aquí se trata de una subjetividad espiritual que va tallando su propio rostro, apenas esbozado con un aire a su madre o a su abuelo, desde una libertad que estrena y con un ritmo que viene dado por su edad, es decir, determinado en un cierto sentido por la naturaleza.

Cuando la juventud y la madurez han transcurrido, el espíritu ha tallado ya su propio rostro moral, a través del tiempo, del organismo. El anciano es sabio, experimentado, prudente y moderado. Se ha equivocado muchas veces.

Comprende muchas cosas, pero su capacidad de aprendizaje, de generación y regeneración orgánica, es muy escasa. Por eso empieza a encontrar cada vez más cosas que no comprende. Porque comprender, aunque sea un acontecimiento netamente espiritual, es también netamente psicológico, y, por tanto, dependiente de los procesos temporales del organismo. Lo que se comprende suelen ser los significados universales y abstractos, pero se comprenden a través de los procesos de maduración sensorial, motora, etc. del organismo <sup>8</sup>.

El anciano sabe que hay cosas que él ya no puede comprender, o que no le pueden gustar, porque ya está acostumbrado a otras y es consciente de que ya no puede cambiar. También el joven sabe que hay cosas que el anciano ya no puede comprender.

El espíritu, cuya cualidad moral puede ser sumamente excelsa en un anciano, y ha llegado a serlo gracias a y mediante los procesos psíquicos, puede llegar un momento en que encuentre cerrados los cauces de expresión precisamente por la esclerosis somática y psíquica. La plasticidad psicósomática tan propia de las primeras edades de la vida, tan propia de la libertad, queda anulada. No es que el espíritu haya desaparecido. Es que los mecanismos psicósomáticos han perdido aquella flexibilidad y tienen una rigidez mecánica, más propia de lo mineral, de lo inorgánico, que de lo vivo y lo libre.

Los ancianos son los sujetos de esos cambios por los que los principios y convicciones frecuentemente se transforman en manías; pueden ser tan inmoderados, intemperantes y obstinados como los niños, como si no tuvieran sentido de la responsabilidad, como si ya no fueran libres; como si estuvieran atrapados en procesos psíquicos que se autonomizan del conjunto

---

<sup>8</sup> Para una revisión actualizada de la comprensión en este sentido, cfr. Bradd Shore, «Twice-Born, Once Conceived: Meaning Construction and Cultural Cognition», *American Anthropologist*, vol. 93, n. 1, 1991, pp. 9-27.

unitario de la *psique*; como si no recordaran lo que han sido y lo que son, lo que saben; como si su memoria hubiera sido sembrada de agujeros negros.

El espíritu ha adquirido sus cualidades morales e intelectuales en los procesos temporales, pero ya no dispone de sí mismo en esos procesos, y ya no proyecta su existencia en ningún sentido; ya no temporaliza. Puede pensarse que dispone de sí mismo en la supra-temporalidad propia del espíritu. Y sin duda puede pensarse que dispondrá plenamente de su existencia en la vida eterna. Pero eso no es lo que perciben las personas que conviven con el anciano y que le cuidan.

Por supuesto, los avances de la medicina, de la psicología y de la asistencia social pueden conseguir que la calidad de vida en la ancianidad sea mayor, pero no pueden conseguir que la capacidad de generación, regeneración y aprendizaje del organismo vuelva a ser la misma que cuando tenía pocos años. En ese caso, el anciano dejaría de ser anciano, pero eso acarrearía también un problema grave de identidad: no sabría bien lo que es, quién es, si ha cumplido o no con la vida, cuánto le falta, qué podría significar para él acercarse a su plenitud final, a su fin y a su terminación.

Si el organismo del anciano volviera a tener la capacidad de regeneración y de aprendizaje del joven, su temporalidad volvería a ser monótona; probablemente volvería a proyectar su existencia y a realizar lo proyectado, pero en ese caso ya no tendría *tiempo* para contar historias a los niños ni para dar consejos a los jóvenes ni a los adultos. Probablemente, en semejante hipótesis, tampoco se podría atribuir al anciano una dignidad específicamente suya.

La cuestión todavía pendiente es por qué se le atribuye dignidad a eso. Un recién nacido tiene una dignidad y merece un respeto, una mujer transportando en brazos a un niño también, e igualmente un enfermo o un anciano. Todos tienen y merecen la dignidad y el respeto que corresponde a una persona humana, pero además, cada uno tiene y merece una dignidad específicamente propia de su edad, de su situación, de sus circunstancias.

Ahora se trata de ver cuál es la dignidad específicamente propia del anciano, para lo cual es preciso poner en claro lo que signifique *dignidad*.

En el lenguaje ordinario, la palabra *dignidad* está vinculada en su campo significativo con las palabras *valor* y *mérito*. Algo o alguien tiene más dignidad cuanto más vale y más merece, o, más bien a la inversa, vale y merece tanto más cuanto mayor dignidad posee. La palabra *mérito* tiene además la connotación de deuda: lo que alguien merece es también algo

que le es debido, y lo que le es debido es algo en cierto modo ya suyo, que le es propio.

Eso por lo que se refiere al uso actual de los términos. Si además de en su uso actual queremos buscar el significado de las palabras en su uso ya pasado, en su historia, e indagamos por las palabras *senectud*, *ancianidad* y *vejez*, nos encontramos con que nuestra cultura (en cuanto a lo que de ella se trasluce en la historia de las palabras) no es en sus valoraciones muy diferente de la de los kowrarega que mencionábamos al principio.

La palabra española *senectud* deriva del nombre latino *senex senis*, de cuyo comparativo *senior-oris* deriva a su vez nuestro sustantivo *señor*, usado para designar a los viejos más respetables, que se convierte en sinónimo de *dominus* (dueño, poseedor) al comienzo de la edad media<sup>9</sup>. De ahí deriva la palabra *señorío*, y las palabras *senador*, *senado*, y *senil*.

Nuestra palabra *anciano* deriva del adverbio *anzi*, que proviene del latín *ante*. Significa *anterior*, *de antes*.

El término *viejo* se forma a partir del latín vulgar *vetulus*, y del latín clásico *vetus-veteris*. Estos términos dan lugar a nuestros vocablos *vetusto*, *veterano*, y también a *veterinario*, derivado de *veterinae*, que significa «bestia de carga» en el sentido de «animales viejos, impropios para montar»<sup>10</sup>.

Parece que en torno a la raíz de *senex-senis* se han concentrado más palabras que connotan la dignidad, y en torno a la de *vetus-veteris* menos. Quizá el campo semántico de la palabra *viejo* contiene también más expresiones que designan la degradación y el deterioro producido por el paso del tiempo.

En un sentido, pues, produce degradación y deterioro, desgaste, destrucción. En otro sentido, produce todo lo contrario, y confiere nobleza, dignidad.

Lo que menos valor tiene y lo que menos merece es, desde luego, la nada; es lo menos digno, ausencia de dignidad. Hay valor y mérito donde hay algo. Algo significa otra cosa distinta de la nada y distinta del caos. Del caos surge algo cuando empieza a haber un mínimo de orden, y un mínimo de orden se genera a partir de dos puntos que constituyen una recta. Eso es ya una figura, una *forma*. Dos puntos unidos por una misma línea espacial y temporal constituyen ya una unidad por referencia a la cual

---

<sup>9</sup> Cfr. J. Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid, 3ª ed. 1987, pp. 530-531.

<sup>10</sup> Cfr. J. Corominas, *Op. cit.*, pag. 606.

se pueden formar más cosas y procesos, se puede generar más orden, más realidades, más vida. Dos puntos unidos por una misma línea espacial o temporal constituyen un eje.

Eje se dice en griego *áxon-onos*, y en latín *axis-axis*. En relación con esas formas lingüísticas se encuentra la voz griega *axios*, que significa *de gran valor, digno, merecido*, y la palabra también griega *axtoma-atos*, que quiere decir *precio, valor, consideración, estima, dignidad, decisión, demanda* y, por último, *proposición digna de crédito, evidente*.

Estos vocablos parecen derivar de las formas verbales *ágo, áxo, achthésomai*, que designan el conjunto de actividades de *conducir, acarrear, causar, llevar adelante, construir, guiar, regir, gobernar, educar, persuadir, estimar, apreciar, celebrar, pasar el tiempo, marchar, llevarse, conducir a sí o para sí*.

Una persona es un eje con dos polos. Persona significa etimológicamente *cara, máscara*, y jurídica y filosóficamente significa ser dueño de los propios actos y de las propias palabras, ser dueño de la propia expresión, de la manifestación de sí mismo. Los dos polos de la persona son, pues, su ser y su manifestación. La relación entre los dos es tal que la persona puede dar y darse o no. Ese dominio tan originario sobre la expresión y manifestación del propio ser se llama también libertad. En sí mismo no lo conocemos, sino solamente en su expresión. Por eso en sí mismo es incognoscible: es un misterio. Lo consideramos lo maximamente valioso y lo maximamente digno porque es capaz de producir, de causar, de construir formas, ejes, realidades, vida, a partir del caos o incluso a partir de nada.

Ese misterio lo percibimos en el niño, en la mujer que transporta a su hijo, en el enfermo, en el anciano. Por eso le atribuimos a todos la dignidad de «persona humana».

Pero además de eso el anciano es un eje con dos polos en otro sentido. Ha descrito el arco completo de los diferentes tiempos de la vida humana, y esos tiempos están articulados en una unidad que es lo que ha sido su vida. Desde el punto de vista existencial y moral, y desde el punto de vista biográfico y cultural, su vida puede haber sido más o menos fecunda y más o menos unitaria; más o menos triunfal o fracasada. Pero desde todos esos puntos de vista los hombres no podemos juzgar la vida de los demás de un modo definitivo y con suficientes garantías de verdad y justicia, y por eso mucho menos podemos sentenciarla.

En cambio, desde el punto de vista biológico sí que se puede juzgar. Se puede decir que la vida de un anciano ha recorrido el trayecto completo de la vida humana, y que muestra la longitud de su eje. El anciano ha corrido la carrera y ha llegado a la meta. Cómo es la vida humana y

dónde estan los recodos del camino es algo que sabe él. Su valor, su dignidad y su mérito estriba en que él ha hecho ese viaje, ha recorrido y construido esa vida, y sabe por experiencia cómo es eso. La dignidad de la senectud, su valor y su mérito, es que contiene en sí los diferentes tiempos del hombre. Los contiene como pasado y como recuerdo.

Lo propio de los ancianos es contar historias a los niños y dar consejos a los jóvenes, y lo que merecen, lo que se les debe, es escucha atenta. Ellos hacen con la vida humana, pero no en abstracto, sino en concreto, algo que ni los niños ni los jóvenes pueden hacer, algo que nadie más que ellos pueden hacer, que es contarla y pensarla desde el final.

Por eso también se les debe y merecen la atención adecuada para que estén en las mejores condiciones posibles para pensarla y contarla. La atención adecuada para que sean dueños de su propia expresión, de sus palabras y de sus actos, precisamente cuando los mecanismos psicosomáticos mediante los que eso se logra han empezado a autonomizarse y a obstaculizar la expresión de la realidad personal unitaria.

Si cabe entender la eternidad según la definición de Boecio como la *posesión total y simultanea de una vida interminable*, cabe también pensar que para el hombre la vida eterna sea la posesión total y simultanea de los tiempos cualitativamente distintos en que consistió su despliegue temporal, la posesión total y simultanea de sus diferentes edades. Y sin duda que eso ha de estar relacionado con la felicidad eterna.